



DON MANUEL MUÑIZ.

Fué éste uno de los pocos individuos que habiendo tomado parte en la insurrección desde el principio, no pereció en los primeros meses de ella como tantos otros, sino que vivió bastante tiempo y acaso pudo ver el fin de la guerra y la aurora de la Independencia.

Era originario de la provincia de Michoacán y siguió la carrera de las armas, llegando á ser Capitán del Regimiento provincial de Valladolid, con el que indudablemente estuvo en el Cantón militar de Jalapa, donde conoció á Michelena, Allende, etc. Vuelto á Valladolid á la disolución del Cantón, quedó allí con su Batallón, alojado en el cuartel de las Animas; tomó parte en la conspiración de 1809, de aquella ciudad, pero no parece que sufriera ningún castigo cuando aquélla fué descubierta, pues conti-

nuó al frente de su Batallón é indudablemente siguió en correspondencia con los conspiradores de Querétaro.

Dado el grito de Dolores y llegado á Valladolid el ejército de Hidalgo, Muñiz se unió á él con el grado superior de General en el ejército, y permaneció en la ciudad cuando aquél avanzó sobre México; después del desastre de Aculco, que llevó á Hidalgo á la misma población, Muñiz trató de reunir un nuevo ejército, y según se afirma, fué el primero que se encargó de conducir á los españoles presos á los cerros del Molcajete y de las Bateas, donde eran ejecutados, comisión repugnante en la que tuvo por compañero al P. Luciano Navarrete. Con los siete mil hombres que se habían reunido allí acompañó á Guadalajara á Hidalgo, pues era el único militar con quien éste contaba en aquellos momentos.

Asistió á la batalla de Calderón mandando la gente de Michoacán, y después de aquella batalla se separó de Hidalgo y de los demás jefes, dando como razón de su conducta la de que prefería quedarse expedicionando por las regiones que conocía; trató de establecerse en Tacámbaro, pero fué obligado á salir de allí por el Comandante Don Felipe Robledo, que lo atacó y derrotó el 14 de Febrero de 1811, ni un mes después de la acción del puente de Calderón. Se refugió en la Tierra Caliente, don-

de formó un nuevo ejército, pues por aquellos días todavía había entusiasmo entre los indígenas por la Independencia. La llegada del Mariscal José Antonio Torres y de Rayón, no le causó ningún disgusto; y cuando ya se consideró con las fuerzas suficientes volvió á Tacámbaro, cuyo pueblo ocupó, y en seguida se dirigió al Noroeste de la provincia, recorriendo continuamente esa parte del territorio.

De acuerdo con Rayón y Torres, cuya superioridad reconocía, formó un ejército que excedía de veinte mil hombres con las partidas de Navarrete, Licéaga, Huidobro, Camargo y otros, y con ellos se dirigió en 2 de Junio sobre Valladolid, donde Don Torcuato Trujillo tenía pocas tropas. Torres, que atacó por el lado de la Loma de la Tinaja, obligó á los realistas á refugiarse en la plaza y el sitio se iba á formalizar cuando fué auxiliada oportunamente, y aunque Torres y Muñiz rechazaron el ataque de Santa María se vieron obligados á retirarse. El segundo tomó el camino de Tacámbaro, donde reorganizó su ejército, fundió cañones, se hizo de armas de bronce y en Julio siguiente volvió á intentar apoderarse de la ciudad, situándose en las lomas de Santa María. Intimó rendición á Trujillo y circunvaló el punto y empezó el ataque por varios puntos; estuvo á punto de hacerse dueño de Valladolid, pues había forzado la

entrada de todas las garitas, menos la de Santiago, y había rechazado á los realistas en todos los puntos; pero la división que en esos momentos se declaró entre Muñiz y Anaya por no haber querido el primero municionar al segundo para que siguiera el ataque y entrase el primero á la ciudad, hizo que todo el ejército sitiador se retirase. Pero Trujillo y la Guarnición estaban acobardados y para no esperar un segundo ataque, dada la cercanía de los insurgentes, determinó abandonar la ciudad, y lo hubiera hecho, á no haber llegado las tropas de Linares y de Castillo Bustamante en los primeros días de Agosto; Muñiz permaneció todavía un mes en sus oposiciones de Acuitzio, hasta que fué batido el 7 de Septiembre por Castillo.

Vuelto á su asilo de Tacámbaro, donde con el cobre de las cercanas minas fundió cañones, recibió de Morelos buen número de prisioneros que guardar. A los cuatro meses, en Enero de 1812, que ya se consideró fuerte, buscó la colaboración de Albino García, del P. Navarrete y de Piedra para intentar un tercer ataque sobre Valladolid; pero derrotado el primero en Tacámbaro, no pudo concurrir y Muñiz sufrió á su vez un fracaso en las lomas de Santa María y perdió sus cañones y casi todo su ejército. Tan completa fué su derrota que tardó un año en reponerse de ella, y durante ese tiempo

se limitó á hacer pequeñas correrías por la Tierra Caliente; llamado por el Dr. Verduzco para atacar nuevamente Valladolid, acudió á las Juntas de Ario y á la revista que se pasó en Pátzcuaro, y llevó, en Enero de 1813, un gran tren de sitio y bastantes cañones, lo que de nada le sirvió, pues quedó en poder de Linares cuando hizo una salida; la culpa de la derrota se atribuye á la ignorancia en asuntos militares, del Dr. Verduzco.

Esa derrota por una parte, y por otra la mala fortuna con que caminaba Rayón, hicieron que la discordia estallase entre los insurgentes de Michoacán; Licéaga y Verduzco declararon traidor á Rayón y éste dió orden á Muñíz, á quien había nombrado Comandante general de la provincia, de que aprehendiese á los rebeldes vocales de la Junta. Cos trató de avenir á todos, pero no pudo realizarlo, y esa desunión fué causa de la derrota de Rayón en Salvatierra, el 16 de Abril de 1813, que le causó Iturbide, pues Licéaga, que estaba inmediato, nada hizo para auxiliarlo. Pocos días después este último cayó en poder del guerrillero Cagigas, y sabedor de tal ocurrencia su enemigo, mandó que fuese entregado á Muñíz, quien lo llevó á Puruarán, donde en la apariencia se reconciliaron los dos enemigos. A la instalación del Congreso de Chilpancingo, verificado en Septiembre de ese mismo

año, concurrió Muñíz y allí conoció á Morelos, que teniendo ya el proyecto de apoderarse de Valladolid, habló largamente con aquél sobre los medios de realizar sus designios.

En Noviembre se arregló esa expedición y con anticipación había recibido Muñíz órdenes para hacer los preparativos necesarios, proveerse de armas y reunir los diferentes destacamentos que andaban sueltos; en Tiripitío se incorporó con Arias, Vargas y otros al ejército del Sur, que sumaba un regular número de soldados. La desgracia, que empezaba á perseguir á Morelos, y la acumulación de fuerzas españolas en las cercanías de Valladolid, hecha por Calleja, hicieron que no fuese posible al mejor ejército insurgente que se se había formado en Nueva España, tomar en Diciembre de 1813 una ciudad que ni un año antes atacó Verduzco. Muñíz no se retiró á sus acantonamientos sino que asistió á la acción de Puruarán, que fué el complemento del desastre de Valladolid, y que lo ponía en peor condición que antes, pues con la ausencia de Morelos de Michoacán y con su derrota, el ejército realista de la provincia podía dedicarse con mayor actividad que antes á la persecución de los jefes insurgentes que quedaban en ella.

Algunos meses después de los sucesos anteriores, el Congreso de Chilpancingo dió

el mando de la provincia citada al Dr. Cos, sin tener en cuenta los servicios de Muñiz ni el conocimiento que tenía del terreno; esta disposición causó profundo disgusto á este jefe, lo que no procuró disimular, con lo que sólo se consiguió empeorar la causa de la Independencia. Sin embargo, no llegaron á hacer armas, y además, Cos, no se cuidaba de dar órdenes á quien sabía que no estaba dispuesto á obedecerlas; todo el año de 1814 pasó Muñiz en la inacción, y hasta que el Doctor no fué hecho prisionero por los mismos insurgentes y encerrado en los subterráneos del Atijo, fué cuando volvió á dar algunas muestras de actividad. Sin embargo, ya no hizo ninguna campaña activa como las anteriores, ya por la persecución de que era objeto, ya porque no podía reunir con la misma facilidad que antes, soldados para su ejército.

El Congreso de Chilpancingo, que se veía obligado á emigrar á Tehuacán, quiso dejar en Michoacán una Junta subalterna, que con la disolución de aquél quedó de única autoridad insurgente: á formar parte de ella fué llamado Muñiz, en compañía del Lic. Ayala y de Rojas, Pagola y Carvajal; la Junta se estableció en Taretan en Septiembre de 1815, y funcionó muy poco tiempo, pues el Mariscal Don Juan Pablo Anaya, que acababa de llegar de los Estados Unidos, la disolvió sin causa fundada y úni-

camente por ser partidario de Rayón y llevó presos á Ario á los Vocales que la componían. Muñiz fué uno de los presos y los quinientos hombres que mandaba quedaron á las órdenes del padre Carvajal, Brigadier, que obedecía á Rayón, en Enero de 1816.

Varios jefes, disgustados de tal proceder, instalaron la Junta de Uruápan, que después se llamó de Jaujilla, en la que tomó parte Don Víctor Rosales, refugiado de Zacatecas; estalló la división entre Rosales y Muñiz, que á poco se vió libre, y esa rivalidad, originada por cuestiones de mando, dió fatales resultados é hizo que Muñiz no combatiese á los realistas durante todo el año de 1816; por fin abandonado por todos y lleno de odio contra su rival, pensó en indultarse, para lo que se presentó al Comandante Barragán en Pátzcuaro el 14 de Mayo de 1817. Rosales al tener noticia del indulto, se puso inmediatamente en persecución de Muñiz, pero éste pidió auxilio á Barragán y ambos se pusieron en persecución del insurgente, que estaba en el monte de Tacámbaro; aprovechando Muñiz el conocimiento que tenía del terreno donde tan larga campaña había hecho, guió á los realistas, que acorralaron á Rosales en el monte de la Campana, inmediato á Ario. No obstante que hizo una bizarra defensa matando á varios dragones, cayó muerto.

Ambos se titulaban Comandantes ó Capitanes generales de la provincia y tenían grados superiores en el ejército insurgente; Muñíz mereció ser citado en el parte de Barragán en estos términos: "el indultado Don Manuel Muñíz hizo prodigios de valor, y lo mismo su asistente, que salió herido de gravedad."

Desde entonces no se vuelve á citar el nombre de Muñíz, no obstante que debe haber seguido prestando servicios á la causa realista; cuando Mina llegó al Bajío, Muñíz fué llamado á combatir, pero en lugar de obedecer se pasó á los insurgentes y después de haber seguido á aquel caudillo en el fuerte de los Remedios cayó prisionero cuando los sitiados intentaron salir el 2 de Enero de 1818. Ese mismo día fué fusilado Muñíz por orden de Lilián. Por decreto de 18 de Enero de 1862, un pueblo del Distrito de Tacámbaro se llamó "Turicato de Muñíz," en recuerdo de aquel jefe.

DON JOSÉ MARÍA MUÑÍZ, sobrino del anterior, también se declaró insurgente y acompañó á su tío desde el principio de la revolución, asistiendo en unión de él á varias acciones de guerra, y en Abril de 1811 recibió la Comisión de pasar á Jalisco para auxiliar á los que allí combatían; alcanzado por el realista Del Río, fué completamente derrotado en Tomatlán el 6 de Junio, y

obligado á incorporarse á la división de Don Manuel. La historia no vuelve á hacer mención de él, y parece que pereció en un encuentro que sus fuerzas tuvieron con las de Linares.



DON RUPERTO MIER.

El nombre de un militar más tenemos que agregar á esta Galería biográfica.

Don Ruperto Mier, nativo de Michoacán, ya estaba en el ejército en 1809, cuando tomó parte en la conspiración de Valladolid, y con su Regimiento, alojado en el cuartel de la Compañía, se comprometió á pronunciarse el 21 de Diciembre de aquel año, día en que debía estallar la conspiración. Cuando fué descubierta él no fué perseguido y continuó en su Batallón hasta el año de 1810, que se dió el grito de Dolores; se unió á Hidalgo en Valladolid y recibió el encargo de organizar un Regimiento, para lo cual salió con rumbo á Occidente.

En pocos meses y ayudado por Macías, Cura del pueblo de La Piedad, reunió unos diez mil hombres, con los que se situó en ese lugar en espera de las órdenes de Hi-

dalgo. Este, que ya se encontraba en Guadalupe y que sabía bien que el Virrey enviaría en su contra todos los elementos que pudiese, quiso evitar que Cruz, que estaba en Valladolid, fuera á reforzar el ejército de Calleja, y al efecto, comunicó órdenes á Mier para que baliese al jefe español; en cumplimiento de esas órdenes aquél se situó en el puerto de Urepetiro, lugar muy á propósito para la defensa, situado en el camino de Zamora.

El 14 de Enero de 1811 llegó Cruz al punto, y encontrándolo ocupado dispuso el ataque. El primer asalto fué rechazado y juzgando Mier que los realistas iban de retirada, dejó sus buenas posiciones del centro para emprender la persecución de aquéllos; pero Cruz pronto se rehizo y á pesar del vivo fuego de artillería que se le hacía, atacó á los insurgentes, les quitó los veintisiete cañones que tenían y en hora y media se hizo dueño del campo. Mier fué á Guadalupe á llevar él mismo la noticia de su derrota á Hidalgo.

La dureza con que fué tratado hizo que quedase profundamente disgustado y que aprovechase la entrada de Calleja á la ciudad para solicitar su indulto; el que inmediatamente le fué concedido, aunque con la condición de que sirviese como soldado raso en el ejército realista, condición humillante á la que tuvo que avenirse Mier. Con

ese carácter asistió el ex-insurgente al combate de Zapotlán el Grande, dado el 26 de febrero siguiente, y en el que se distinguió de tal modo que mereció ser citado en el parte de la acción, por Porlier. El seis de Mayo asistió á otro combate dado en el mismo punto contra la gente de Colotlán y el lego Gallaga; se distinguió otra vez siendo también citado de nuevo. Todavía permaneció Mier algún tiempo en el ejército á las órdenes de Negrete, hasta que habiendo recobrado á fuerza de méritos su grado y su libertad, se retiró á la vida privada y no volvió á mezclarse en la revolución; falleció antes de 1821, en la mayor pobreza, en Morelia, á donde se había retirado.

Hemos hecho mención de Don Ruperto Mier por las circunstancias de haber sido de los primeros insurgentes, y el primero que se puso frente al General Cruz, que disfrutaba de una reputación militar superior á la de Calleja, al que también excedía en graduación.

DON ANTONIO LOPEZ MERINO, militar también, fué compañero inseparable de Mier y su segundo en la acción de Ureperito; por las mismas causas que éste, se indultó y se le impuso como condición para obtener el indulto servir de soldado raso en las tropas reales. Asistió, así como Mier, á los dos combates de Zapotlán, merecien-

do ser citado en los partes que el jefe dió de ellas, y algún tiempo después recobró su grado y su completa libertad, pero disgustado de la milicia se dedicó á ser empleado particular y sólo después de hecha la Independencia ocupó en Morelia algunos puestos públicos de escasa importancia.

Merino fué el que hizo prisionero al jefe insurgente José Antonio Torres en Abril de 1813 en las cercanías de Paracho, donde mandaba una corta guerrilla realista.



FRAY JUAN DE SALAZAR.

Este religioso, que pagó con su vida su decisión por la causa de la Independencia, es casi desconocido y apenas se menciona su nombre una ó dos veces en la historia y de un modo enteramente incidental; quedaría olvidado del todo si no tuviéramos su causa, que es la que se encarga de decirnos cuáles fueron sus hechos y la parte que tomó en la insurrección.

Nació Salazar en Querétaro el año de 1768 y en la misma ciudad hizo sus estudios primarios y sacerdotales, ordenándose de sacerdote é ingresando en la religión se-ráfica en 1792; destinado al cabo de algún tiempo á servir en calidad de Vicario en la Parroquia de Acámbaro, pasó á esa población, donde se encontraba al darse el grito de Dolores; pocos días después de este suceso llegó al pueblo Carrasco, comisionado

de Hidalgo para propagar la revolución y el Cura del lugar, Verástegui, se manifestó partidario de ella, y para propagarla envió á Salazar á Jerécuaro para que predicase; sabido esto por Hidalgo á su regreso á Valladolid, le dió orden de que se incorporase al ejército. Esto que declaró el franciscano en su causa, mal encubre su determinación de unirse á los insurgentes en la primera oportunidad.

Asistió al combate de las Cruces y fué tal la impresión que le causó la carnicería habida allí entre los insurgentes, ocasionada por los cañones realistas, que después de haber cumplido con su ministerio absolviendo y oleando á los moribundos, se dirigió al Santuario de Chalma á dar gracias por que había conservado la vida; pensaba quedarse en Acámbaro, mas el miedo á Calleja lo llevó á Guanajuato el día que empezó el ataque; refugiado en una humilde casa, supo las atrocidades cometidas por los realistas, y no queriendo ser víctima de ellas, tomó el camino de San Felipe y se incorporó á Allende en la hacienda de Ojuelos. Allí se le destinó á acompañar á Jiménez en su viaje al Norte y con él hizo toda la campaña hasta el Saltillo, hasta que se le destinó como adjunto de Don Ignacio Aldama para pasar á los Estados Unidos.

Llegados á Béjar, el padre Salazar pudo notar el descontento que había en la po-

blación contra el Gobernador Casas y la ninguna confianza que inspiraba la tropa, por lo que trató de salir de allí cuanto antes; pero no pudo realizarlo por haberse declarado inmediatamente la contra-revolución. Despojado de sus papeles y de los valores que llevaba, cuyo monto se negó á declarar el astuto franciscano, alegando que lo ignoraba, fué conducido al Alamo y Monclova con toda precipitación, pues á fuerza de maña había sobornado á sus guardianes y poco faltó para que se escapara en unión de Aldama. En la última de las citadas poblaciones se le formó causa.

De los documentos referentes á él, que se han publicado, se desprende que tuvo el grado de Comandante de voluntarios expedido por Iriarte, y que demostró bastante actividad en vestir á la tropa y en moverla hacia los puntos donde se necesitaba; tuvo á su disposición cuantiosos fondos de los destinados al ejército y los empleó con integridad en su objeto. En Monclova supo defenderse con bastante habilidad; no comprometió á nadie en sus declaraciones ni dió pormenores de ninguna especie referentes á la organización ó planes de los insurgentes, llegando en una ocasión á confundir á sus jueces, que le hacían el cargo de ser traidor á la patria y al Rey. Rechazó severamente ese cargo diciendo que no eran traidores los insurgentes que con las armas

en la mano sostenían los derechos de Fernando VII y trabajaban por que el Reino no fuese entregado á los franceses; que en cuanto á pretender que aquí las ciudades se reuniesen en Cortes para gobernar, era una medida oportuna é imitación de lo que hacían en España las provincias, no comprendiendo cómo se castigaba aquí lo que allá se alababa; que traidores eran los que, como Ortega, Intendente de Valladolid, se dirigió en 1808 al gran Duque de Berg (Joaquín Murat), felicitándolo por haberse encargado del Gobierno de la metrópoli; "cuando todo el Reino, agregó, aguardaba el más severo escarmiento contra este infiel magistrado (el citado Intendente), se calificó de pura ignorancia de un viejo despreciable." Después de hacer reminiscencias de otros sucesos, termina esta parte de su declaración con las siguientes viriles frases, que dan idea del temple de alma del franciscano:

"Que estos hechos constantes y verídicos, con otros muchos más que se le presentaron á la vista, le hicieron creer no sólo que era justa, sino necesarísima, la revolución que estaba viendo, por cuyos motivos sin escrúpulo de conciencia obedeció la orden de su Prelado, y pues que como los que gobernaban aseguraban que que los aguardaba México para reformar el Gobierno, deseando ver su patria en una perfecta seguridad, le

avivó el deseo de seguir hasta el lugar donde dejó en su declaración á que se refiere." El Juez de la causa no supo qué contestar y se conformó con suspender por ese día la declaración del preso. A propósito del título de Ministro de Gracia y Justicia que según parece tenía, dijo á sus jueces que habiendo observado Jiménez la benignidad con que se manejaba con los europeos, le dijo en tono festivo: "Usted es Ministro de Gracia."

No era dudoso el fallo del Consejo de Guerra: los vocales, entre los que se contaban el traidor Elizondo y Cordero, al que había protegido, por unanimidad votaron la pena de muerte y así lo acordó el Consejo el 30 de Mayo de 1811; el 12 de Junio fué remitida su causa á Don Nemesio Salcedo, Comandante general, y aunque por el carácter sacerdotal del procesado debe haber pasado algún tiempo, empleado en pedir y recibir instrucciones dicho Comandante, lo único cierto es que Fray Juan de Salazar fué fusilado en Monclova como lo fueron en Durango otros religiosos y sacerdotes. En el momento de su ejecución exhortó á los presentes para que defendiesen la Independencia, que era una causa muy justa.



DON JOSE MARIA ANZORENA.

Fué este señor uno de los funcionarios civiles que fungieron durante el primer período de la insurrección y que por haberse adherido á ella perdieron patria, intereses, familia y hasta la vida.

Pertenecía á una distinguida familia de Valladolid, donde residía en 1810, y hasta ahora no se sabe qué estuviere comprometido con los conspiradores de Querétaro; sin embargo, la prontitud con que admitió de ellos un cargo, indica que simpatizaba con la idea de Independencia. La Intendencia de Michoacán estaba acéfala desde 1809, por haber cesado de desempeñarla Ortega, que fué depuesto por los enemigos de Iturrigaray, y con el carácter de interino se encontraba Don Alonso Gutiérrez de Terán, asesor de la Intendencia, que huyó al aproximarse los insurgentes. Hidalgo, al ocupar

la ciudad, ofreció el puesto á Don José María Anzorena, que ninguna dificultad tuvo en aceptarlo.

No eran pocos ni el trabajo ni la responsabilidad que traía anexos en aquellos tiempos calamitosos, pero Anzorena creyó, como muchos, que la revolución triunfaría en pocos meses, y tal vez esto fué lo que lo animó á no renunciarlo. Sin embargo, como á los dos días de su nombramiento salió de allí el ejército insurgente, y la provincia, que íntegra se había rebelado, estaba tranquila, no experimentó ningunas dificultades al principio y únicamente se ocupó de publicar los decretos de Hidalgo sobre supresión de tributo, esclavitud, etc., de reunir recursos y gente, para lo cual se valió de Foncerrada. Pero cuando desde Aculco volvió á Valladolid Hidalgo con muy poca gente, empezaron para él las tribulaciones. Tuvo que atender á la formación de un nuevo ejército, á la propagación de las ideas revolucionarias, á obtener recursos extraordinarios y principalmente á cumplir las órdenes de ejecución de españoles que se le comunicaron.

Estas últimas le atrajeron la mala voluntad general, y aunque á mediados del siglo pasado los hijos de Anzorena pretendieron negar los cargos que por esas ejecuciones se hacían á su padre, quedó en claro que tales cargos estuvieron fundados

y que no suspendió aquéllas sino hasta que su pariente el padre Caballero le reprochó enérgicamente su conducta y obtuvo de él la orden de suspensión y que los españoles presos fuesen sacados de la cárcel y llevados á varios conventos. A la salida de Hidalgo para Guadalajara quedó en su puesto de Intendente Anzorena, pero al saber que el jefe español, Cruz, se aproximaba, salió de Valladolid el 26 de Noviembre, con todos los empleados insurgentes, y se dirigió á Guadalajara, donde estaban los caudillos de la revolución.

No volvió á mezclarse en ningún otro asunto referente á ésta, y aun parece que no tomó parte en el arreglo del Gobierno insurgente, hecho en aquella ciudad, limitándose á acompañar al ejército; allí fué donde impidió á Torres que se llevase para Piedra Gorda noventa bultos pertenecientes á las tropas. Estuvo en Calderón y siguió á los jefes á Zacatecas y el Saltillo, donde se quedó, pues prefirió permanecer en el país á exponerse á las penalidades de un largo viaje á través del desierto, resentida como estaba su salud con los contratiempos y penas que había sufrido. Siguió al ejército de Rayón en la penosa retirada que emprendió del Saltillo á Zacatecas por un país despoblado, sin agua, caldeado por un sol abrazador y en el que el camino seguido por las tropas insurgentes se conocía por el re-

guero de cadáveres de hombres y de bestias que iba dejando. Anzorena, como muchos de los expedicionarios, se vió obligado á revolcarse en un hoyo de tierra para refrescarse y engañar la sed, y á beber, durante varios días, el jugo exprimido de las pencas de maguey; tantas penalidades y privaciones acabaron con su salud y le ocasionaron la muerte cuando se encontraba el ejército en la Villa Grande de Guadalupe, á poca distancia de Zacatecas, el 13 de Abril de 1811. Su cuerpo fué sepultado en el cementerio del colegio de misioneros.

Don Carlos María de Bustamante refiere los últimos momentos de Anzorena en los siguientes términos: "Poco antes de expirar se acercó el General Rayón á preguntarle por el estado de sus dolencias, y él preguntó "por el de la Patria;" díjosele que se había ganado el campo del Grillo y ya se iba á entrar á Zacatecas; entonces reanimándose como una vela que al tiempo de desaparecer su moribunda flama se recoje, se eleva y se presenta un mayor esplendor y claridad, Anzorena mostró la más dulce y consolante satisfacción: llamó á un hijo que le acompañaba, y le exhortó con la energía de un hombre pronto á pasar en un momento al inmenso espacio de la eternidad, á que amase á su patria y á que jamás abandonase la causa de su libertad..."



DON LUIS MALO.

Fué éste de los primitivos conspiradores de San Miguel, y estaba, por lo mismo, al tanto de los preparativos para la revolución.

Nativo de la comarca de San Miguel el Grande, vivía en la hacienda de la Erre, inmediata, largas temporadas, y otras en la población; asistía á las Juntas que se celebraban en la casa de Don Domingo Allende, y había contribuido con algunos fondos para los pequeños gastos que se habían hecho. Ignorante de las denuncias que hubo, le sorprendió ver llegar el 16 de Septiembre á los principales jefes, acompañados de algunos centenares de hombres, y saber que ya había dado principio la revolución de Independencia. Ordenó que se les sirviese la comida allí, y como una vez terminada ésta manifestase Hidalgo su resolución de seguir